

El ideal pervertido

Francisco J. García Lozano

cine

El cine alemán y su vertiente revisionista ha mostrado en los últimos años una notable y madura capacidad para analizar, desde muy diversos géneros y modelos narrativos, su propia historia. El estreno de La cinta blanca de Michael Haneke continúa esta tendencia revisionista analizando los condicionantes que marcarían a la generación que encarnaría la maquinaria del fascismo.

Good bye Lenin! (2003), *El hundimiento* (2004), *Napola* (2005), *La vida de los otros* (2006), *La ola* (2008) o *El lector* (2009) son una clara muestra de un cine y una nación comprometidos con su propia historia. Haneke alcanza con esta película su obra más precisa y elaborada de todas y consigue hacer con su propuesta un cine que no se hacía desde los años de Bergman, Dreyer o Bresson.

«Mi principal objetivo», explica el director, «era la de presentar a un grupo de niños a los que se inculcan unos valores considerados como absolutos y cómo los interiorizan. La cinta no sólo habla del fascismo, sino del problema universal del *ideal pervertido*».

Haneke sitúa la acción en un pueblo de la Alemania profunda, al

norte del país entre 1913 y 1914, en los meses anteriores a la Gran Guerra, donde una serie de misteriosos accidentes y actos violentos alteran la paz de la pequeña comunidad. Hechos que comienzan a ser desgranados, años después, por la voz en *off* de quien fue el maestro del pueblo (Christian Friedel), en las que justifica el conocimiento parcial de los hechos que nos va a narrar: «Ignoro si la historia que os quiero contar es enteramente verídica, la conozco parcialmente de oídas. Pero creo que debo contar los hechos extraños que se produjeron en nuestro pueblo, porque quizás podrían iluminar ciertos procesos acontecidos en este país...».

El primer suceso es la grave caída sufrida por el médico (Rainer Bock) al tropezar su caballo con un cable que es colocado en el camino con intención homicida. A partir de aquí se suceden muertes accidentales, suicidios, secuestros y torturas de niños, incendios y desgracias para las que no se encuentra ni explicación ni culpable. Pautinamente nos son mostrados los distintos protagonistas. Personajes, en su mayoría fuertes, cuyas acciones y afirmaciones son trascendentes, dando la sensación de que existen por algún motivo necesario perpetuando con sus actos el *status* social: el barón (Ulrich Tukur) encarna el carácter feudal y clasista en pleno siglo XX; el pastor (Burghart Klaussner), la extrema

severidad del protestantismo como elemento fundacional de represión y violencia buscando la voluntad de Dios olvidándose de lo humano; el doctor (Rainer Bock), la degeneración moral... todo un microcosmos marcado por la severidad luterana, el resentimiento de clase y la hipocresía moral que marcaría a una generación.

La cinta blanca que da título a la película hace referencia a la cinta que las madres ponían a sus hijos en el brazo o en el pelo para recordar, tras su falta, la necesidad de purificación y de llevarla hasta ganar la confianza perdida. Unos lazos que décadas después se convertirán en esvásticas y en estrellas de David.

Haneke, que estudió filosofía, psicología y teatro en la Universidad de Viena, debutó en 1989 con *El séptimo continente*, que serviría para trazar su estilo violento y grueso de los años siguientes. Tras la controvertida *El video de Benny* (1992), el reconocimiento internacional le vendría por *La pianista* (2001), por la que ganó el prestigioso Gran Premio en el Festival de Cine de Cannes de 2001. *El tiempo del lobo* (2003), *Caché* (Mejor Director en Cannes y Mejor Película en los Premios del Cine Europeo, 2005), *Funny Games* (remake americano hecho por él mismo, 2007) y ésta *La cinta blanca* (Palma de Oro en Cannes, 2009), marcan

una filmografía muy interesante en la que su provocativa forma de narrar busca sobre todo hacer pensar al espectador y sacarle de sus cómodas convenciones cinematográficas situándole en encrucijadas donde todo es posible, deseando provocar reacciones e interrogando sobre la responsabilidad del testigo ante las escenas expuestas sin aportar respuestas claramente establecidas.

Un buen complemento para ahondar en el universo del realizador es la última obra del crítico Juan Hernández Les (*Michael Haneke. La disparidad de lo trágico*, Ediciones JC, Madrid, 2009), donde profundiza en esas constantes del cine de Haneke como son la violencia mental y física, la dicotomía cultura-civilización, el vacío existencial o la raíz del comportamiento individual y social del hombre.

El cine de Haneke manifiesta ya desde sus primeras obras unas características muy definidas que vuelve a explicitar en ésta *La cinta blanca*. Su pesimismo antropológico explicitado en la violencia y el sexo como constantes, son mostradas como enfermedad social e individual, consecuente con un problema de comunicación y conocimiento mutuo y de la realidad. Su concepto de violencia es innovador en cuanto que la barbarie aparece siempre de forma progresiva, más sugerida que mostrada, con la ex-

cepción de algún momento puntual. Un plano fijo durante el tiempo preciso es más que suficiente para transmitir ese ambiente turbio y malsano en el que viven las familias. El castigo que aplica el pastor a sus hijos, que presenciamos tras la puerta o la contemplación de un cadáver desde un semiplano, re-

Haneke refleja a la perfección ese ideal pervertido de una infancia sometida al abuso y maltrato en la cual negamos puedan esconderse los autores de esa violencia sin sentido, pero que años después encarnarían lo más profundo y oscuro del alma humana

sultan perturbadores sin necesidad de efectismo alguno. Para Haneke, el fragmento es un instrumento de incertidumbre que evita la omnisciencia y que apela a la inteligencia crítica del espectador.

Michael Haneke recurre a un ritmo tranquilo y apacible para adentrarse en un universo donde aparentemente no sucede nada para incidir, más si cabe, y al margen de fascismos específicos, en el impacto de la educación y los riesgos implícitos

en la evolución de una idea, de una doctrina inculcada.

Sebastian Haffner, periodista y cronista alemán, en sus memorias (*Historia de un alemán*, 2001), en su búsqueda de los porqués del triunfo del nacionalismo, refiere cómo la educación junto con una estricta moralidad privada fueron un importante fermento de lo que vino después. Tal argumento parece trasladar Haneke a la pantalla, mostrándonos cómo en un entorno de violencia y abuso, de brutales castigos corporales, hasta de incesto, como elementos inherentes de la cotidianeidad, eran la prefiguración de una sociedad en la que sólo tendría cabida el más fuerte.

Haneke refleja a la perfección ese ideal pervertido de una infancia sometida al abuso y maltrato en la cual negamos puedan esconderse los autores de esa violencia sin sentido, pero que años después encarnarían lo más profundo y oscuro del alma humana: ese deseo incontenible de arrasar y destruir al otro, la absoluta falta de empatía que ni siquiera necesita de un objetivo declarado ni una justificación concreta para sus atrocidades fruto de unos valores que interiorizaron sin compasión. Sin embargo, siempre puede ser cuestionable que de tales presupuestos se sucediera el nacionalsocialismo, aunque sí la consti-

tución de una libertad que convierte al ser humano en una máquina sin consciencia.

Excelentes interpretaciones, una fotografía hipnótica y deslumbrante en blanco y negro, heredera de las formas expresionistas de Bergman y Dreyer, y una perfecta ambientación de época configuran esta negrísima crónica, profundamente sugerente y absolutamente necesaria, de una época marcada por el fanatismo religioso y el rigorismo de las costumbres que desembocaría en unas de las representaciones del Mal más aterradoras de las perpetradas hasta ahora por el ser humano.

Ficha técnica:

T.O.: «Das weisse Band».

Director: Michael Haneke.

Nacionalidad: Alemania, Austria, Francia, Italia.

Duración: 144 minutos.

Fotografía: Christian Berger.

Intérpretes: Leonie Benesch (Eva), Steffi Kühnert (Anna), Christian Friedel (El maestro), Burghart Klaussner (El pastor), Rainer Bock (El médico), Ulrich Tukur (El barón).

Género: Drama.

Web oficial:

<http://www.golem.es/lacintablanca/>